

Entre tanto, la política económica del régimen bolivariano generó un creciente malestar social. La sobrevaloración del bolívar unida a la escalada de los intereses castigó duramente al sector exportador privado. Al mismo tiempo, la retórica populista del gobierno y la introducción de leyes opuestas a los intereses empresariales privados creó una crisis de confianza que se tradujo en una creciente fuga de capitales. En este contexto, el empresariado utilizó a sus instituciones gremiales para movilizarse en contra del gobierno. Así, la patronal venezolana conocida como Fedecámaras fue uno de los motores principales del paro general del 10 de diciembre y luego de las movilizaciones del 23 de enero. Este descontento se extendió también a los trabajadores. La falta de inversión privada y la quiebra del sector exportador bloqueó una recuperación estable del empleo. De hecho, pese al incremento del gasto público, el desempleo ya muy elevado en 1999 (13,5%) registró una cierta mejoría en el año 2000 (10,2%); pero posteriormente volvió a ascender (11,5%). Además, las mejoras salariales en el sector público, impulsadas inicialmente por el régimen, dieron pronto paso a un estancamiento en los ingresos de los trabajadores. En este contexto, la dirigencia sindical agrupada en la Central de Trabajadores Venezolana (CTV) resistió los intentos del satelizarla por parte del gobierno y se sumó a las movilizaciones contra el régimen «chavista».

Finalmente, los planteamientos internacionales de la ideología bolivariana también levantaron fuertes suspicacias entre países claves para la diplomacia de Caracas. La visión de Chávez sobre el papel de Venezuela en el mundo se dibujó en torno a tres principios básicos. Por un lado, una fuerte dosis de nacionalismo que reabrió contenciosos políticos y territoriales con países vecinos como Colombia o Guyana. Al mismo tiempo, un impulso a la integración política y diplomática latinoamericana bajo el liderazgo de Caracas como herencia del proyecto de unificación del continente concebido por Bolívar. Finalmente, una apuesta por promover un escenario global multipolar a través del respaldo a focos internacionales de poder alternativos a la hegemonía estadounidense. Un planteamiento que condujo al estrechamiento de las relaciones con socios como la República Popular China, el mundo árabe o la Unión Europea, mientras se apostaba por un distanciamiento de EEUU.

La proyección práctica de estos planteamientos ideológicos generó problemas a Chávez con vecinos y aliados de Venezuela. Los crecientes indicios del respaldo prestado por sectores radicales del «chavismo» a grupos izquierdistas violentos en Colombia, Ecuador o Bolivia provocaron tensiones entre Caracas y las capitales vecinas. Este tipo de sospechas unidas al acercamiento venezolano a regímenes como el cubano o el iraquí también

trajeron aparejado un rápido deterioro de las relaciones con Washington. Al mismo tiempo, semejante giro en los alineamientos tradicionales de la política exterior de Venezuela provocó fuertes reacciones de protesta en el interior del país. Numerosos sectores de la opinión pública manifestaron su desacuerdo con la venta de petróleo subvencionado al régimen cubano cuando la economía venezolana parecía incapaz de resolver problemas como el déficit público y el desempleo. Asimismo, las fuerzas armadas, con una trayectoria fuertemente pronorteamericana, manifestaron una profunda irritación por el nuevo rumbo internacional del país que amenazaba con incidir negativamente en el trato preferencial del que habían disfrutado hasta la llegada de Chávez al poder en lo relativo al suministro de material y adiestramiento procedente de EE.UU.

De este modo, el programa bolivariano de Hugo Chávez, que incluía cambios radicales en el sistema político, las fuerzas armadas, la economía y la política exterior, chocó con los intereses y la cultura política de amplios sectores de la sociedad venezolana. En consecuencia, el régimen se enfrentó a fuertes dificultades para llevar adelante un proyecto ideológico que no era compartido por colectivos tan diversos como empresarios, sindicatos o fuerzas armadas. Las dificultades para imponer el programa bolivariano se hicieron particularmente graves ante lo frágil y rudimentario de los instrumentos de movilización popular en manos del régimen «chavista». Tanto en su escalada hacia el poder como cuando ya alcanzó el gobierno, el presidente Chávez cimentó su apoyo popular sobre tres estructuras políticas. Por un lado, un partido político denominado Movimiento Quinta República (MVR) que se convirtió en el mecanismo para competir electoralmente y asumir el control de los puestos claves del Estado. Por otra parte, un sindicato conocido como Fuerza Bolivariana de Trabajadores (FBT) que quiso asumir el papel de organización laboral del régimen. Finalmente, el MBR-200 que tras la decisión de Chávez de entrar en la política electoral se transformó en un movimiento de masas encargado de llevar la ideología bolivariana a la sociedad haciéndose presente en lugares de trabajo, comunidades de vecinos, centros de enseñanza, etc. Todas estas organizaciones demostraron una sustancial falta de cohesión y una escasa capacidad de acción política.

De hecho, las organizaciones bolivarianas demostraron un déficit crónico de cuadros experimentados en la movilización de masas y la acción política. La incapacidad de las formaciones partidarias y sindicales «chavistas» para arraigar de forma permanente entre las clases populares y la visible improvisación en los actos públicos del régimen son otras tantas muestras de esta falta de profesionalismo. Al mismo tiempo, muy pronto, el movi-

miento «chavista» comenzó a ser corroído por casos de corrupción que drenaron sus recursos financieros y dañaron su credibilidad. Asimismo, las organizaciones bolivarianas dieron muestras de continuas disensiones internas que les impidieron mantener una línea de actuación coherente. En buena medida, esta fragmentación fue un reflejo inevitable de los orígenes políticos dispares de todos los que se adhirieron al «chavismo». Un grupo heterogéneo que incluyó a ex-militares implicados en los intentos golpistas de 1992, militantes de la izquierda revolucionaria y antiguos miembros de partidos históricos venezolanos como la Unión Republicana Democrática (URD). Sobre esta diversidad, el «chavismo» fue incapaz de articular sus planteamientos ideológicos dentro de un cuerpo doctrinal sólido que diese unidad a su militancia y permitiese ofrecer al electorado una alternativa de aspecto coherente.

Las dificultades del régimen bolivariano para mantener una imagen política cohesionada ante la opinión pública venezolana se agudizaron en la medida en que el «chavismo» apostó por formar coaliciones amplias donde se integraron formaciones políticas muy heterogéneas con los únicos puntos en común de apoyar a la figura del ex-teniente coronel y rechazar el tradicional sistema bipartidista venezolano. De este modo, Chávez se presentó a los comicios de 1999 y luego a los del 2000 al frente de una alianza partidaria denominada Polo Patriótico que situaba al lado del MVR al Partido Comunista de Venezuela (PCV), el Movimiento al Socialismo (MAS) o la formación izquierdista La Causa Radical (LCR) entre otros. Algunas de estas formaciones respaldaron al movimiento «chavista» con unos cuadros profesionales y una experiencia política de los que carecía en gran medida. Sin embargo, con el paso del tiempo, las contradicciones del MVR con sus socios políticos se acrecentaron hasta el punto de que muchos de ellos terminaron por abandonar la coalición y pasar a las filas de la oposición. En cualquier caso, la heterogeneidad del Polo Patriótico, el radicalismo de los partidos que lo integraban y las continuas querellas entre ellos, añadieron confusión a la práctica política del régimen y contribuyeron a crear una sensación de desgobierno en la opinión pública.

De este modo, Hugo Chávez se encontró con unos ineficaces instrumentos de movilización popular al frente de un proyecto de cambio radical que no contaba con un apoyo social mayoritario. En principio, esta situación condenaba al presidente a optar por la rectificación ideológica o el descarrilamiento de su proyecto político. Sin embargo, varios factores han dado a Hugo Chávez la posibilidad de perseverar en la implantación de su modelo ideológico. Para empezar, la constitución aprobada en 1999 ha funcionado como un cerrojo que facilita la permanencia en el poder de Chávez

con un amplio margen de maniobra política. De hecho, el texto constitucional no sólo otorga amplios poderes al presidente sino que además prolonga su mandato a seis años y permite una reelección con lo que hace legalmente posible la permanencia en el poder del jefe del Estado por un total de doce años. Sobre la base de este texto constitucional, los éxitos electorales del gobierno bolivariano en los comicios regionales, parlamentarios y presidenciales del año 2000 han otorgado al «chavismo» un control prácticamente total de las instituciones políticas del país. Además de monopolizar el ejecutivo, los seguidores de Hugo Chávez tienen el control de la Asamblea Nacional, los órganos rectores de los poderes judicial, electoral y ciudadano, así como de un número importante de gobernaciones de los estados que componen Venezuela. Como consecuencia, la oposición ha carecido de los medios institucionales para condicionar las políticas del régimen y, llegado el caso, forzar el desalojo del presidente.

Al mismo tiempo, Chávez se ha mostrado insensible a las crecientes señales que indicaban una pérdida del respaldo popular de que disfrutó inicialmente su gobierno. En particular, el jefe del Estado venezolano ha respondido con agresividad a las críticas contra su proyecto ideológico y su forma de ejercer el poder vertidas desde muy diversas instancias políticas y sociales. Muestras de este rechazo a cualquier voz disidente han sido sus amenazas a la prensa crítica y sus descalificaciones públicas contra los partidos opositores. En este sentido, Hugo Chávez ha ido descartando las posibles vías para modificar la trayectoria de su gobierno con vistas a recuperar apoyo social y ha apostado por impulsar el «Proceso» entendido como el camino para profundizar los objetivos de la ideología bolivariana. En buena medida, esta resistencia de Chávez a realizar concesiones sustanciales a la oposición tiene su explicación en dos factores. Por un lado, el ejercicio del poder del mandatario venezolano está marcado por unos planteamientos ideológicos de notable rigidez que dejan escaso margen a pactos y compromisos. Por otra parte, Chávez se siente investido de una legitimidad revolucionaria basada en su supuesta capacidad para interpretar la voluntad del pueblo. Desde esta convicción de estar impulsando un proyecto de cambio radical respaldado por las masas, el presidente se resiste a realizar cualquier concesión significativa dentro de su programa de gobierno y tiende a percibir a cualquier sector opositor como un enemigo de los intereses populares.

Como consecuencia de todo lo dicho, el escenario político venezolano aparente encontrarse en un punto de bloqueo. El presidente Chávez parece decidido a continuar presionando a favor de un cambio radical que choca con la resistencia de amplios sectores sociales. Al mismo tiempo, una opo-

sición escasamente representada en las instituciones se ve incapaz de forzar un cambio en la orientación de un gobierno apoyado en una constitución hecha a su medida. La paradoja se hace aún más aguda si se tienen en cuenta dos factores adicionales. Por un lado, la visión de Chávez de su gobierno como un proyecto revolucionario hace poco probable que esté dispuesto a realizar concesiones sustanciales a los grupos políticos y sociales críticos. Por otra parte, el movimiento bolivariano carece de formaciones políticas o sindicales sólidas que puedan actuar como palancas de movilización popular para provocar un cambio a su favor en la correlación de fuerzas sociales. Ante esta situación de parálisis, el deterioro de las constantes económicas y el crecimiento de la irritación social tenderán a agudizar las presentes tensiones políticas. Este proceso de crisis podría desembocar finalmente en una intervención castrense para apartar al presidente Chávez del poder. Semejante desenlace cambiaría radicalmente el escenario político venezolano pero dejaría pendientes dos problemas irresueltos que determinarán el futuro próximo de Venezuela: la necesidad de reconstruir un sistema político apoyado en un amplio consenso y la búsqueda de un modelo de desarrollo económico eficiente capaz de reforzar la cohesión social.

Bibliografía

- BLANCO MUÑOZ, Agustín: *Habla el comandante*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1998.
- CARRASQUERO, José Vicente y Thais Maingon, Friedrich Welsch (ed.), *Venezuela en transición: elecciones y democracia 1998-2000*, CDB Publicaciones, Caracas, 2001.
- GARRIDO, Alberto: *La historia secreta de la revolución bolivariana*, Editorial Venezolana C. A., Mérida (Venezuela), 2000.
- *La revolución bolivariana. De la guerrilla al militarismo*, Producciones Karol C. A., Mérida (Venezuela), 2000.
- *Mi amigo Chávez. Conversaciones con Norberto Ceresole*, Producciones Karol C. A., Mérida (Venezuela), 2001.
- IRWIN, Domingo: *Relaciones civiles-militares en el siglo XX*, El Centauro, Caracas, 2000.
- LOMBARDI, John V.: *Venezuela. La búsqueda del orden. El sueño del progreso*, Crítica, Barcelona, 1985.